

La disciplina es disciplinar a mi hijo hacia Cristo

Por: Sally Hohnberger

Para comenzar debemos darnos cuenta de que **todos** llegamos a disciplinar (corregir comportamientos, pensamientos, deseos o sentimientos incorrectos) desde una perspectiva desequilibrada. En mayor o menor grado, nosotros como padres, estamos desequilibrados por ser demasiado severos, fríos, duros y dictatoriales sin compasión; o venimos de una perspectiva igualmente incorrecta y dañina, que es ser tan amable y gentil, que nos falta decisión, firmeza y como resultado autoridad.

Las madres demasiado amables, como yo tengo la tendencia a ser, tienen un amor desequilibrado llamado **sentimentalismo**. Este tipo de amor permite que el niño se salga con la suya, egoísta y desobediente. La madre disculpa su comportamiento incorrecto, persuade y razona extensamente con el niño, esperando en vano que el niño elija obedecer. Ella ve que tiene poca o ninguna autoridad y no puede cambiar el corazón o la voluntad de su hijo a través del razonamiento y la conversación. Como no tiene un real control, esta madre teme cruzar la voluntad del niño debido a la conmoción que resulta. Entonces deja que el niño exprese palabras egoístas, juegue con cosas con las que no debería jugar, o comportarse ruidosamente y distraerse sin corrección. A menudo disculpa su comportamiento. Este falso amor crea un niño débil, bullicioso, indeseable y egoísta. Un niño que no agrada a los padres, amigos, sociedad y lo más importante, no agrada ni acepta a Dios. Cuando los padres acostumbran a sus hijos a seguir su camino egoísta, los están inhabilitando para el cielo. Este es un mal terrible. Los padres deben llegar a ver que esta complacencia de uno mismo es dañina y sin amor. Este método de gobierno de los padres no tiene la bendición de Cristo y tergiversa seriamente el amor de Dios.

Por otro lado, el padre demasiado severo y dictatorial tiene un amor desequilibrado llamado **brutalidad**. Este tipo de amor dicta lo que el niño debe hacer de acuerdo con el estado de ánimo de los padres, con un espíritu frío y militante. La perspectiva de los padres es la única perspectiva. Este padre suele ser explosivo. El menor inconveniente puede provocarle un ataque de ira y un castigo despiadado sin esperanza de compasión, discusión o instrucción para hacer lo correcto. Este padre se esfuerza por mantener el orden y la obediencia con una vara de hierro desde una perspectiva contundente, a su manera. Ser padres de esta manera también tergiversa el amor de Dios. Son amigos desequilibrados. Comúnmente los niños manifiestan un espíritu rebelde o amargado. El niño refleja los arrebatos de ira de los padres. Se ve en la dominación física de hermanos o compañeros de juegos. No se le ha mostrado cómo tener amor, paciencia y autocontrol en las dificultades o pruebas, a través de una entrega a Jesús. El niño está tan dominado por los padres que se somete como un animal y, como resultado, no tiene voluntad ni personalidad propia. El niño no se atreve a pensar por sí mismo. No sabe cómo mostrar amor piadoso o incluso no tiene la esperanza de cambiar sus debilidades. Estos niños también crecerán sin ser aptos para el cielo y este tipo de sumisión no agrada a Dios.

Debemos entender que cada hogar debe tener reglas razonables de conducta y comportamiento para que funcione correctamente. Deben darse consecuencias consistentemente cuando se rompen estas reglas. El padre es la autoridad para establecer estas reglas, supervisar y dar las motivaciones o consecuencias adecuadas cuando se rompen las reglas. El niño no debe gobernar el hogar, los padres deben ser la autoridad. El niño tiene la obligación ante Dios de entregarse y obedecer a sus padres. Los padres deben entregarse a Dios y ser guiados por Él en la conducción de sus hijos.

Amigos, la **única solución** para nosotros y nuestros hijos es que cada uno de nosotros aprendamos "cómo" unirnos vitalmente con Cristo como nuestro Salvador. Todos necesitamos liberación de nuestras formas anteriores de pensar y disciplinar. Dios quiere llevar cada una de nuestras disciplinas desequilibradas, a la combinación correcta de firmeza y justicia con amor y misericordia. Esto **solo** se puede hacer si venimos a Cristo, nos rendimos para ser guiados e instruidos por Él como un Dios personal a cada momento.

En Cristo podemos encontrar su equilibrio en la disciplina y cambiar nuestros caminos. Cristo guiándome, es la solución. Necesitamos caminar y hablar con Cristo, en medio de nuestra disciplina, para que Él pueda guiarnos correctamente.

Podemos consolarnos porque Dios dice: *"No te desampararé, ni te dejaré."* Hebreos 13:5

Se supone que no debemos estar solos en esas correcciones, conflictos o juicios con nuestros hijos. Dios nos promete: *"Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar."* Salmo 32:8 Debemos buscar su consejo para cada situación. Ver: Hechos de los apóstoles 9:6. El Espíritu Santo nos llamará a una vida de abnegación y dominio propio. Dios quiere que los padres renuncien a sus formas excesivamente dominantes o excesivamente indulgentes. Jesús dominará estas tendencias y sentimientos cultivados, a medida que se los entregamos. Jesús nos anima en Jeremías 32:27 *"He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?"* Debo escuchar las instrucciones de Dios para mí ahora y luego cooperar. Debo rendirme, decir no a mis formas anteriores de reaccionar e invitar a Dios a que me dirija de la manera correcta. Hay verdadera libertad en seguir a Cristo.

Esa experiencia debe ser **primero** mía. A medida que aprendo, puedo llevar a mi hijo a Cristo, para que también lo libere de su egoísmo y de sus malos caminos. A través de este tipo de unión, comunión, confianza y entrega a Cristo, la obediencia es posible. Al niño se le debe enseñar a poner su voluntad de parte de Dios y pedir ser cambiado de egoísta, tal como nos enseñaron. Entonces él también puede ser capacitado, a través de su conexión con Cristo, para decir "no" a sí mismo y "sí" a Dios. ¡Así es como el niño puede obedecer a sus padres! ¿No queremos que nuestros hijos sepan "cómo" venir a Cristo, cómo dejar el "yo"? ¿Cómo cooperar con Cristo para que ellos también puedan permitir que Dios cambie sus corazones egoístas, sus malas disposiciones, deseos, sentimientos, pensamientos o comportamiento? ¡Claro que sí! Si esta experiencia es nuestra, podemos instruirlos con éxito. Ver Juan 17:19.

¡Esto no siempre es fácil de hacer! Está formado por duras y severas batallas consigo mismo. Conflicto tras conflicto debe librarse contra las tendencias hereditarias. Tendremos que evaluarnos de cerca y no permitir que un rasgo desfavorable quede sin corregir. La imposibilidad está dentro de nuestra propia voluntad. Si no queremos hacerlo, si elegimos no hacerlo, si no sabemos cómo hacerlo, entonces no podemos vencer. **Las verdaderas dificultades surgen de la corrupción de un corazón no santificado y la falta de voluntad para someterse al control de Dios.** Es la actitud de **"No permitiré que este Jesús me gobierne en todas las cosas"**. Esta entrega de sí mismo es un proceso diario necesario y continuo. Es una batalla que solo se puede ganar cuando estoy **decidida estar** bajo el control del espíritu de Dios.

Amigos, como pueden ver entonces, disciplinar a mi hijo es mucho más complicado y de mayor alcance que simplemente corregir o castigar a mi hijo por su comportamiento incorrecto. La verdadera disciplina es llevarme a mí y a mi hijo a Cristo. Es entrenarlo *"cómo"* entregar su voluntad y su camino egoísta, de rodillas ante Dios. Ahora bien, *enseñar* es instruir a la mente sobre lo que es correcto. Enseñar es asegurarse de que ejerza su voluntad de hacer lo que sabe que es correcto, lo que incluye motivaciones y consecuencias. El entrenamiento le muestra cómo ponerse de rodillas y hacer lo que ha prometido ante Dios. Entonces, la verdadera disciplina lleva a nuestro hijo a Cristo para que Cristo pueda ablandar, someter y cambiar su corazón, disposiciones y voluntades mediante el poder divino y su cooperación en el dominio propio.

Solo de esta manera, a través de esta conexión vital y comunión con Cristo, mi hijo cambia por dentro en mente y corazón. A través de este proceso, el niño experimenta el gozo y el poder que hay en la gracia. El experimenta el dominio del egoísmo. Ve que la obediencia es posible. A través de esta experiencia, también aprende que el "servicio propio" no es una verdadera felicidad duradera y es realmente un estado de abyecta esclavitud. Aprende por experiencia que obedecer a la madre, al padre y a Dios es su mayor gozo y felicidad. Con Cristo todo esto es real y posible.

Apliquemos estos principios aprendidos hasta ahora, a una situación concreta para ver cómo funciona todo esto en la práctica.

Una madre honesta, pero indulgente, le pide a su hijo de 8 años que enjuague y limpie los platos, mientras ella tiene la visita a casa de una amiga. La voluntad egoísta del niño se cruzó y temporalmente enjuagó los platos, pero pronto dio un paso hacia atrás desafiante, un no verbal, "No, no lo haré". La madre razonó, mimó e hizo todo lo posible por persuadir a su hijo de que hiciera esta pequeña tarea razonable. El niño comenzó a llorar, a portarse mal, a quejarse y a discutir con dureza con su madre. Su semblante, comportamiento y palabras se habían vuelto muy vergonzosos. Ella amablemente se sentó y razonó con su hijo durante más de 20 minutos, solo para aumentar su desafío, lágrimas y estallidos de palabras irrespetuosas y enojadas. Su maldad solo aumentó con este método de corrección. La madre aquí está sin Cristo.

La amiga compartió con esta madre angustiada, la necesidad de firmeza, de dar consecuencias, de tomar decisiones y de exigir una obediencia pronta y alegre. Ser firme y decisivo todavía no estaba en su carácter. Mediante la unión y comunión con Cristo, Él pudo instruirle sobre lo que debía hacer. Escuchando, luego rindiéndose y cooperando para hacer lo que Cristo la guía, encontraría el equilibrio adecuado entre firmeza y amor. La autoridad de Jesús la acompañaría, por lo que su hijo aprendería a ceder a su voluntad y obedecerla como debía. Mientras ella aprendía a trabajar con Cristo de esta manera, Él podía cambiar sus pensamientos, sentimientos, emociones equivocadas e incluso su indecisión cultivada. De esta manera, Jesús pudo enseñarle cómo llevar a su hijo a El, para que él también pudiera encontrar el poder de cambiar su corazón y su mente. Cada uno debe entregarse voluntariamente a Cristo antes de que Él pueda cambiarlos.

Los siguientes tres principios principales se compartieron con la madre antes de que entraran en el camino de la disciplina que sería necesaria para llevar al niño a Cristo.

La disciplina es verdaderamente discipular a mi hijo hacia Cristo. Primero, hay una **ley de la mente** que debe entenderse: cuando un objeto deseado se niega con tanta **firmeza** (no con dureza) como para eliminar toda esperanza, la mente pronto dejará de anhelarlo y estará ocupada en otras actividades. (¡Cede!). Pero mientras haya alguna esperanza de obtener el objeto deseado, se hará un esfuerzo para obtenerlo. A veces, esto puede ser un esfuerzo sobrehumano.

La madre y el hijo estaban discutiendo y el hijo estaba ganando. ¿Por qué? El hijo respondía bajo la ley de la mente. El yo estaba gobernando y reinando. La voluntad del hijo era firme. Dominaría a la madre y se saldría con la suya sin importar lo irrazonable que fuera. Cuando la madre no fue decisiva, no dio un no rotundo y autoritario, él tomó la posición de gobernarla. El yo reinará y gobernará naturalmente a menos que a Cristo se le dé voluntariamente esa posición de gobierno. Como la gravedad, impera esta ley del egoísmo. La manzana siempre cae al suelo a menos que otra ley la anule. El avión vuela porque otra ley somete la ley de la gravedad. **Cristo en el corazón, es la única ley que puede anular el pecado y el egoísmo.** Romanos 6:14 *"Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros"*. Pero sin la ayuda de Cristo, el yo fortalecerá y gobernará al niño. Si se deja solo, el yo solo se hará más fuerte y estará más decidido a salirse con la suya. Por eso el hijo se volvió más firme y ruidoso para dominar carnalmente a la madre. La madre fue muy amable y cortés con su comportamiento egoísta. Esto fue dañinamente indulgente sin consecuencias ni motivaciones y, como resultado, su autoridad fue recibida con burla y desprecio. En su enfoque no equilibrado de la disciplina, estaba sin Cristo y no tenía autoridad sobre su hijo. Para su desdicha, esto era algo común.

El segundo consejo para las madres indulgentes es que **incluso la bondad debe tener sus límites**. La autoridad debe ser sostenida por una firme severidad (esto no es dureza), o será recibida por muchos con burla y desprecio. (¿No es esto exactamente lo que sucedió?) La supuesta ternura, la persuasión y la indulgencia que los padres y tutores utilizan para sus jóvenes es el peor mal que puede sobrevenirles. La firmeza, la decisión, las exigencias positivas son fundamentales en toda familia.

En tercer lugar, deben darse consecuencias inmediatas, en Cristo. Eclesiastés 8:11 dice: *"Por cuanto no se ejecuta luego sentencia (consecuencias) sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal (desobediencia)."* ¿No es esto lo que estaba sucediendo? ¿Cómo gobernaría Dios en esta situación? Proverbios 13:24 dice: *"El que detiene el castigo, a su hijo aborrece."* Ahora la vara simplemente representa las consecuencias apropiadas dadas en Cristo. No es necesariamente solamente una paliza al niño. Levítico 26: 14-29 también enfatiza la necesidad de firmeza.

Dios muestra que debemos esperar obediencia, y si no se nos da, las consecuencias deben venir, **¡porque te amo!** El verdadero amor no permitirá que mi hijo sea esclavo del "servicio propio". El amor verdadero no permitirá que mi hijo sea débil, paralítico en el autocontrol o esclavo del pensamiento "No puedo". El verdadero amor los llevará a Cristo para que cambien su corazón y su disposición, para que sean fortalecidos para cooperar con Dios, para que puedan tener el poder sobre el "servicio propio". La vida del cristiano es más de lo que creemos. No consiste en mera dulzura, paciencia, mansedumbre y bondad. Estas gracias son esenciales, pero hay necesidad de coraje, fuerza, energía y perseverancia, las virtudes más severas también.

No es amor educar a nuestros hijos para que sean débiles, sin autocontrol, que se desanimen fácilmente o que carezcan de valor para negarse a sí mismos. **Nuestros hijos necesitan a Cristo en ellos.** Necesitan experimentar la esperanza y el espíritu que dice con confianza: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"*.

Ahora ambas madres se consagraron a Dios en oración. Prometieron consultar con Él a cada paso y escuchar siempre Su voz de instrucción, a fin de que Dios pudiera mostrar cómo llevar a este niño desobediente, infeliz y rebelde a Cristo para que cambie su corazón y su vida. Se apoyaron en Dios en busca de fuerza, sabiduría y guía a cada paso. ¡Fue una batalla, amigos! Este niño mayor nunca se había rendido completo y sin reservas a su madre cuando se le cruzó su voluntad. El niño hizo todo lo que pudo para resistir y dominar la circunstancia, tal como dice la ley de la mente, el "yo" actuaría sin ayuda. Su "yo" quería reinar y gobernar a la madre. Se volvió más vil en sus palabras y comportamiento, hasta que rompió el corazón de su madre. Dios no los abandonó. Dio instrucciones, qué decir, qué hacer, cuándo orar por el niño y cuándo dar las consecuencias por la falta de decisión de su parte. **Porque no decidir es decidir.** La motivación fue necesaria cuando se negó a obedecer y acudir a Jesús en oración. La oración de intercesión a menudo se hacía en voz alta para que el niño tuviera evidencia de su amor y propósito para su vida en este momento. Dios obró poderosamente en la mente del niño para dirigirlo a ceder.

Después de una hora y media de muchos compromisos y consecuencias, el niño cedió y finalmente eligió creer en la voz de su madre y eligió creer en la voz de Jesús en su conciencia y corazón. Él se decidió de esforzarse por ignorar esos pensamientos y sentimientos mentirosos en sentido contrario. ¡Esta es una verdadera rendición! De buena gana se sometió y oró por la madre de oración que lo guió. Era una simple oración de confesión, perdón y un compromiso de obedecer y lavar esos platos o lo que fuera que mamá le pidiera que hiciera en su lugar. También le pidió a Jesús que tomara su corazón egoísta y le diera el corazón limpio y dispuesto de Dios. Luego, con fe, agradeció a Dios por cambiar su corazón y responder a su oración. Ellos observaron cómo su semblante, su cuerpo, su voz se suavizaban y subyugaban por la influencia divina, en una dulce sumisión mientras oraba. ¡Fue maravilloso!

El enfoque de la madre para resolver esta dificultad con la voluntad del niño fue muy diferente esta vez. Sabía que su solicitud era razonable. Ella fue firme e inflexible al esperar obediencia a sus deseos. Sin embargo, en Cristo ella fue sin dureza. No se hizo ningún compromiso con el mal (desobediencia). Tampoco razonaba con su irracionalidad o sus pasiones. Ella no cedió su voluntad para cumplir con su voluntad egoísta irrazonable debido a su comportamiento ruidoso y desagradable. En cambio, habló con Dios e hizo lo que Él le dijo con respecto a cuándo y cómo darle a su hijo una motivación externa para elegir lo correcto en lugar de lo incorrecto. Ella expresó claramente su solicitud. Ven a orar a Jesús para que estés cambiado. Ella lo alentó a que él debía elegir hacer lo correcto, eso era lo mejor. Si se negaba a elegir, recibiría las consecuencias de la desobediencia.

Fue su elección. Un amor firme en Cristo estaba listo para la batalla, lo que fuera necesario en tiempo o esfuerzo para evitar que su hijo siguiera sirviendo al pecado y al egoísmo. La madre descubrió que no se trataba de una batalla solamente contra la carne y la sangre, sino contra poderes y principados de tinieblas, y se le hizo muy consciente de que necesitaba a Cristo a su lado y en su corazón para luchar con éxito contra este poderoso enemigo. **La vida espiritual de su hijo estaba en juego aquí. Si ella no luchaba de esta manera, vio que estaba dejando que Satanás tuviera a su hijo sin restricciones.** Ella vio este nuevo tipo de firmeza, en Cristo, como amor verdadero. Fue difícil para su personalidad. Los resultados valieron toda la dureza de la misma. Dios fue un buen general en esta batalla.

Cuando el niño finalmente vio que su madre era la autoridad y no permitiría su egoísmo, se sometió a los deseos de su madre. Pero mientras el niño sintiera que había alguna esperanza de conseguir su voluntad y su camino, se hizo un esfuerzo sobrehumano para conseguirlo. Satanás no dejará que sus cautivos se vayan fácilmente, ¿verdad? Satanás inspira rebelión. Cuando por fin se convenció de que su madre no cedería, eligió, cedió para escuchar la voz de Dios y de su madre. Hizo la tarea que eligió su madre, alegre y bien. Luego experimentó que esta rendición trajo paz a su corazón. Verá que, sin su opción de rendirse para obedecer, no pudo encontrar la paz. ¿Por qué? Porque Satanás toma el control de toda mente que no está decididamente bajo el control del espíritu de Dios. Romanos 6:16; Mateo 12: 43-45. La sumisión a Dios (el padre está en lugar de Cristo) es la restauración de uno mismo. Mediante la sumisión a Cristo, obtuvo el poder del autocontrol. Dios nos lleva a la rendición. Su amor nos permitirá constantemente las consecuencias de nuestras elecciones. ¿Es amor permitir que Satanás tenga y gobierne sobre nuestros hijos a través de sus sentimientos y emociones?

Amigos, ¿entonces veáis esto que no puede haber paz en el corazón de nuestros hijos, en nuestro propio corazón o en nuestro hogar, mientras que la voluntad egoísta del niño se deja reinar? Debe ser sometido. Debe ser presentado a ese poder fuera de sí mismo (Jesús) que puede cambiarlo por dentro y capacitarlo para hacer lo correcto, y debe someterse a eso. Esta entrega de uno mismo, todos debemos aprender. Así es como nuestro hijo puede ser restaurado, recreado a la imagen misma de Dios. Entonces la paz del cielo reinará en nuestros hogares.

Padres, aquí es donde a menudo nos extraviamos. No insistimos en que el niño obedezca los deseos piadosos de sus padres. Nos retiramos de la batalla y, como resultado, el yo y Satanás fortalecen su control sobre nuestros hijos, atándolos más profundamente en el pecado. Esta es la batalla en la que cada padre debe participar. Si no refrenamos el egoísmo de nuestros hijos y los llevamos a Cristo, estamos permitiendo que Satanás tenga a nuestros hijos y eso inculca el caos en nuestros hogares.

Después de este encuentro riguroso, el amigo leyó una historia titulada "La batalla por un alma" en un libro llamado Mensajes para los jóvenes de Elena de White, págs. 52-3. El niño se identificó personalmente con él. Cómo los ángeles malos presionaron al alma tentada, cómo la oscuridad rodeó esa alma, cómo los ángeles fuertes y buenos anhelaron ayudar al alma perseguida, pero debían esperar hasta que el tentado clame voluntariamente por ayuda de Dios, porque el cielo no fuerza. **No es obra de los buenos ángeles controlar las mentes en contra de la voluntad del individuo. Si se rinde ante el enemigo y no hace ningún esfuerzo por resistirlo, entonces los ángeles no pueden hacer nada.** Jesús no comisionará a los santos ángeles para que liberen a los que no hacen ningún esfuerzo por ayudarse a sí mismo.

Pero cuando el alma perseguida pidiera ayuda y luego cooperara para hacer lo correcto, entonces los ángeles buenos avanzarían a través de la oscuridad y los ángeles malos debían ceder.

Este niño, de 8 años, luego compartió su conciencia personal de esa oscuridad y cómo también era consciente de que los ángeles buenos estaban allí. Jesús mismo era un poderoso soldado a quien lo sentía presente en su mente. Jesús lo llamaba a menudo para que eligiera confiar y obedecer a su madre. Este niño tenía miedo, era terco en abandonar su camino, pero cuando finalmente **decidió confiar y ceder**, Dios le dio fuerza a su sumisión y esperanza en su corazón. Padres, esta experiencia fue recordada por el niño como una madre cariñosa que lo cuida de una manera muy especial. ¿No es este el **amor verdadero**? Llevar a nuestros hijos a Cristo para que sean cambiados. En la mayoría de los casos, si *disciplinamos* a nuestro hijo a Cristo de esta manera, el niño eventualmente dirá: *"Mi madre me ama tanto que no me dejará ser travieso o cruel, miserable o egoísta. Ella es mi amiga especial"*.

Padres, no todas las situaciones serán así de difíciles. Muchos serán más fáciles con Cristo. Pero para esos tiempos difíciles te animo con esta ilustración a perseverar, lo que sea necesario para llevar a tu hijo a Cristo para que se entregue personalmente, hazlo. Dios estará contigo. Él te instruirá personalmente.

Padres, todos tendremos que morir a nosotros mismos, todos los días y cada hora para pasar de nuestras perspectivas desequilibradas de disciplina a la combinación perfecta de justicia y misericordia, como es **en Cristo.**

Que elijamos unirnos con Cristo para hacer esto posible para que Dios nos use, para llegar a nuestros pobres hijos, para mostrarles el camino. Que aprendamos a escuchar la voz de Dios hablando directamente a nuestros corazones y mentes para que Él pueda instruirnos personalmente "cómo" entregarnos y llevar a nuestros hijos a Jesús para ser transformados. **¡La disciplina es discipular a mi hijo hacia Cristo!**